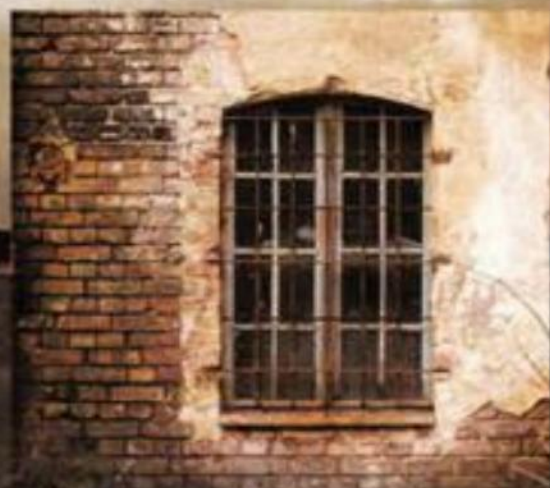


Equipaje de mano

Santiago Gil



Anroart
Ediciones



Santiago Gil

Equipaje de mano



**Anroart
Ediciones**

© Santiago Gil García, 2006 © Anroart Ediciones, S.L.

Primera Edición, abril 2006

Ilustración portada: Fernando Martínez 'Montecruz' Diseño y maquetación: Geopres

Anroart Ediciones, S.L.

C/ Doctor Chil, 28

35001 Las Palmas de Gran Canaria www.anroart.com

ISBN-10: 84-96577-38-4 ISBN-13: 978-84-96577-38-1 Depósito Legal: GC-53-2006

Imprime Gráficas Atlanta

C/ San Nicolás de Tolentino, s/n Las Palmas de Gran Canaria.

Impreso en las Islas Canarias España

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mis abuelas Bárbara y Cristina, con quienes aprendí que las palabras hacen eternas las tardes.

A Miriam y Gilda, por hacer que mi casa parezca siempre un paraíso.

Equipaje de mano

Son las tristezas del alma las que oscurecen la tarde. Las nubes siempre terminan pasando.

No vale irse de casa cuando ya esté en ruinas. Lo heroico es partir a la busca cuando se puede perder todo en el intento.

Había algo familiar y cercano en sus ojos. Los dos se miraban disimuladamente y cada cual pensaba para sí en esa sensación de cercanía y de complicidad que había entre ambos. Ella se bajó en la estación de Nuevos Ministerios y desapareció para siempre de su vista. Él iba camino del aeropuerto para tomar el avión de regreso a Nueva York. Los dos estaban casados y casualmente tenían cuatro hijos cada uno, justo los mismos que habían tenido hacía más de cien años cuando se amaron y vivieron juntos durante seis lustros en Viena. En los ojos del otro cada uno reconoció vagamente el brillo nostálgico y cristalino del Danubio.

*** Uno nunca deja de estar presente en aquellos lugares en los que fue realmente feliz.

Ese aire cálido que acaricia tus sienes cuando sales a la calle te recuerda el aliento de todos los que te amaron cuando eras joven y bella y los hombres todavía te hacían promesas de amor.

No estés triste; también las amapolas mueren después del esplendor rojo de cada primavera, y como tú con tus recuerdos luego se drogan con ellas los proscritos y los poetas.

*** Lloraba todas las tardes viendo entrenar a los nadadores en la piscina olímpica de la Ciudad Deportiva. Su mujer había muerto hacía tres meses y antes de morir le había dicho que quería ser incinerada. Él la quemó, pero luego no supo qué hacer con las cenizas. Ella también le dijo que le encantaría descansar eternamente en el agua, pero que le daban miedo los fondos marinos llenos de grandes calamares, de tiburones, de morenas y de mantas. La tuvo varias semanas en su casa hasta que se decidió una noche y saltó la verja de la piscina olímpica. Las cenizas fueron rápidamente absorbidas por los sumideros, pero algo quedó de ella entre las corcheas y el olor a cloro. Ahora viene todas las tardes, se sienta en las gradas y llora mansamente mientras los nadadores entrenan con denuedo pendientes del crono.

Morir es desaparecer para siempre o aparecer en cualquier otra parte sin la conciencia de haber desaparecido.

*** No dejamos más que unos cuantos pares de zapatos desgastados a lo largo de los años.

Tú y tu deportivo habéis envejecido por igual. Por más que te maquilles y te operes con los mejores cirujanos la carrocería del coche te delata.

Fue el domingo, sobre las dos de la tarde. Los dos debían de tener más de ochenta años y parecían recién salidos de misa. No les pegaba nada llevar aquella caja caliente con la pizza acabada de salir del horno y un par de refrescos de cola. Iban tristes, caminando despacio, sabiendo que la vida no les había convidado a sus grandes festines. La pensión no les daba para más y era el único lujo que podían permitirse en toda la semana. Cuando comían sacaban la vajilla de porcelana y los cubiertos de plata que les regalaron el día de la boda. Partían los trozos duros y resecos de la

pizza barata y se miraban tiernamente sabiendo que cualquiera de esas comidas podía ser la última. Los dos habían trabajado de sol a sol durante toda su existencia. No era eso lo que les habían prometido para cuando se jubilaran.

*** La vida se reinventa cada día ante los ojos atónitos de unos espectadores que de vez en cuando son llamados a escena para interpretar el papel del protagonista que nace o que muere sin saber por qué diablos tiene que actuar en papeles tan cortos y tan olvidadizos.

A mí ya sólo me reconocen los niños que quedaron peloteando en las mismas plazas en las que yo jugaba de pequeño, y los perros famélicos de las calles que a fuerza de palos han aprendido a oler el miedo y la tristeza a muchos metros de distancia.

Cosas tan sencillas como haber leído un reportaje sobre las mujeres que amó Neruda o estar ansioso por el concierto que esta noche darán Serrat y la Filarmónica de Gran Canaria en el Auditorio Alfredo Kraus le sirven a uno para armarse de alegrías e ilusiones con las que hacer frente a la cada vez más ramplona y prosaica realidad que estamos viviendo últimamente.

*** El triunfo de Grecia en la Eurocopa de Portugal dice mucho de Europa y de los tiempos que estamos viviendo. El juego gris, ramplón, aburrido, defensivo y cohesionado ha ido matando toda la fantasía que ha encontrado por el camino. Teniendo tan cerca a Homero, a Eurípides o a Cavafis han optado por un modelo de fábrica alemana de mediados de los cincuenta y de esa forma han ganado y han conquistado el título más importante del fútbol europeo. Cualquiera les dice algo ahora a los pragmáticos y a los mercantilistas.

La orfandad de las tardes de domingo, cuando vuelvo a estar solo y no espero que venga nadie a regalarme su presencia, es la misma que sentía en las dominicales vísperas escolares, o en los días en que acababan las vacaciones y me tenía que ver de nuevo entre decimales y fórmulas de física. La misma angustia golpeando el pecho y el estómago, el mismo miedo y casi la misma intemperie que cuando tenía doce o trece años y me expulsaban violentamente del paraíso.

*** Cada tarde la veo sentada en un banco de la plaza. A veces le echa de comer a las palomas. Me dijeron que es una catedrática de griego jubilada que se ha vuelto loca y que vive con más de veinte perros y otros tantos gatos en una casa ruinosa y mugrienta que jamás visitan sus hijos ni sus nietos. Cuando no está taciturna y aliquebrada, y como sin ganas de vivir, le gusta hablar en griego a las palomas. Su vida es triste, y da mucha pena verla llegar cada tarde envuelta en harapos y oliendo tan mal. Quien la vio reinar en las aulas y vio a sus hijos correr tras ella por los pasillos de su casa nunca se podría llegar a creer que se trata de la misma mujer que se sienta cada tarde en el mismo banco de la plaza. Su marido murió hace diez años y dicen que desde entonces no levanta cabeza. Nadie pudo imaginar nunca que podría acabar así. A mí me da mucha pena escucharla declinar en griego cuando los niños le tiran piedras o bolsas de agua con esa maldad sádica de la infancia que siempre acaba maltratando a los más débiles. A pesar de su aspecto descuidado todavía se nota que en su día tuvo que ser una mujer muy guapa. Su marido y ella eran inseparables.

Las polillas que ahora matas despreocupadamente y sin esfuerzo serán las que acaben devorando la madera de todos tus sueños.

Tus ojos me persiguen en un acorde que perdura incluso en el tiempo de los olvidos.

Queda el aroma lejano de tu presencia, ese olor a sexo y a madrugada en el que tantas veces encontré motivos para seguir

sobreviviendo.

Día a día, aguardando el milagro que nunca llega, nos dejamos morir un rato en trabajos sin sentido y mal remunerados.

Los yonquis de todas las ciudades se empeñan siempre en cruzar los semáforos en rojo. No sé si buscan una muerte a tiempo que les salve de la esclavitud diaria de la heroína o si lo hacen para buscar una indemnización que les saque de la calle y del olvido. En cualquier caso llama siempre la atención su desapego a la vida y la chulería torera con que atraviesan las avenidas atiborradas de coches.

*** Los mendigos se miran unos a otros cuando oyen al del transistor decir que hoy 21 de agosto está prácticamente todo el país de vacaciones. Y encima el muy imbécil desea a todos los oyentes que se lo pasen de maravilla en las playas o en el campo. Los mendigos se pasan el vino peleón y prefieren pensar en que al fin y al cabo, con el calorcito de estos días, las noches parecen menos desangeladas y terribles que con las heladas del invierno.

Ahora que duermen los canallas, y que están llegando a casa los últimos borrachos de la noche, te puedo decir que es cierto eso del miedo a ver pasar los años baldíamente entre estulticias y ambiciones pequeño burguesas.

Ya es hora de que asumamos que no tenemos cerca ningún paraíso y de que no hay en nosotros resto alguno de ángeles o de dioses.

También yo tengo amigos que se han vuelto locos, o hideputas, o lenguaraces insoportables.

*** Estas calles cercadas de hormigón y cemento le han robado al mar su espacio de millones de años. La ingeniería y la arquitectura más vanguardista se han dado la mano para dejar a Poseidón sepultado y claustrofóbico debajo del asfalto. Entre estas calles navegábamos de niños y veíamos entre las rocas del fondo los caballitos y las estrellas de mar.

Aquí donde me ves, sonriente, ufano y optimista, ayer mismo era el tipo más desgraciado del mundo. Mañana no sé con qué papel me encontrará el alba. Nuestras interpretaciones sólo están sujetas a las leyes de la química y del azar.

En mitad de la noche, cuando nos despertamos súbitamente, hay siempre dos o tres segundos cruciales en los que nos situamos y asumimos que no estamos muertos y que no nos hemos quedado formando parte del último sueño.

*** He ido dejando mi rastro en cientos de camas que a lo largo de mi vida han ido conociendo el peso de mi cuerpo, la presión de mi cabeza y de mi cuello, y también los sueños que a fuerza de repetirse ya casi forman parte de mis vivencias cotidianas.

Nos duele tanto morir porque en el fondo la muerte no es más que el fracaso de nuestra soberbia por querer controlarlo todo.

No éramos dioses. Así de sencillo era todo.

Qué queda de todo aquel alcohol genial de la marugada con el que íbamos a revolucionar la poesía. No más que algún amigo muerto y otros que se quearon deambulando por barras cada vez más sórdidas y abyectas. Casi todos nos fuimos aburguesando mansamente.

*** Qué vértigo comprobar cómo los niños de los vecinos que ayer veíamos en los carritos ya conducen sus propios coches y van camino de la universidad. Y lo cierto es que uno tampoco ha cambiado tanto, o por lo menos no tanto como pensábamos cuando planteábamos objetivos a veinte o treinta años. En la misma proporción de tiempo, y con idéntico ritmo, cuando estos universitarios lleguen a nuestra edad, también sin darse cuenta, nosotros probablemente ya hayamos muerto o estemos empezando a morir. Y no queda mucho para eso si lo comparamos con el crecimiento de estos críos que vimos nacer recién mudados al edificio.

Ese cura con sotana, gordo, solo, sentado en la plaza a las siete de la tarde de un día laborable, está esperando a que alguien entre a la iglesia para empezar con la misa diaria que lleva oficiando hace cuarenta años. Las dos últimas beatas que le eran fieles a Dios y a sus sermones interminables y moralistas se le murieron de viejas el pasado otoño.

*** Estas tardes de domingo solitarias y calurosas, con el océano tiñendo el horizonte y el cielo de un azul intenso, son las que luego se graban para siempre en los recuerdos y nos sorprenden en otra edad o en cualquier otro lugar del mundo llegando justo a tiempo cuando más falta nos hacen.

Si el sol también acabará claudicando a qué tanta complicación y tanta lucha por fronteras, eternidades y ambiciones monetarias. Todo es efímero, y ni siquiera quedará resto alguno del planeta

dentro de unos cuantos millones de años. Hagamos lo que hagamos estamos condenados irremisiblemente al olvido.

Nos estamos convirtiendo en una panda de analfabetos. De una forma o de otra todos estamos contribuyendo a la estulticia, a la insolidaridad y al papanatismo que nos rodea.

*** No sé qué debemos hacer para justificar nuestro paso por este planeta. A lo mejor sólo bastaría con tratar de ser buenas personas. Con eso y con un poco de ganas de aprender y de disfrutar de la naturaleza y del arte esta extraña entelequia en la que estamos inmersos podría empezar a tener un cierto sentido.

Pasan los años, las casas, las ciudades, los amores, los amigos y hay algunas sensaciones que no han variado desde la infancia. Hablo de este miedo, de esta sensación de soledad, del aburrimiento, del hastío. El estómago se descompone igual que entonces por más que los escenarios hayan variado sustancialmente. Ahí sí es verdad que influye poco la experiencia. En realidad me gustaría saber en qué diablos influye la experiencia.

*** Mi generación está viviendo vertiginosamente, como si no tuviéramos una base firme en la que asentar un poco las cosas. Estamos rodando por una especie de realidad virtual en la que todo cambia cada día como antes lo hacía en siglos o milenios. Hace tiempo que dejamos de controlar tanta velocidad y tanta carrera alocada y amnésica. Los trabajos, las parejas, las residencias, todo es cada día más inestable, más incontrolable y más pasajero. Cómo envidio la lentitud de los caracoles cuando salen a la tierra mojada después de la lluvia. O la quietud y la bonhomía de los viejos en la sombra de los parques. A nosotros ya no nos dejan ni tiempo para pensar en los recuerdos.

Qué más da que te confundas de día, de mes o de año en el almanaque. Más tarde o más temprano descubrirás que es imposible atrapar al tiempo entre los números.

No era sólo la magdalena (Marcel Proust).

*** Cuando hace veinte años grababa las canciones en esta casete pensaba que me acompañarían durante toda mi vida. Hoy la he puesto en el aparato de música y apenas se entendía nada. Me han dicho que es lo que pasa con las casetes, que se borran solas cuando les da la real gana y transcurre mucho tiempo. No deja de ser algo semejante a lo que les ocurre a muchos viejos. Todo se termina volviendo olvido y nebulosa, incluso aquellas melodías que nos parecían eternas e inolvidables.

*** A veces nos damos menos importancia de la que merecemos. Es verdad que solemos pecar de estúpidos y de engreídos, pero no debemos olvidar que descubrir el fuego, el bolígrafo, el automóvil, el ordenador, la televisión o los medicamentos que curan tantas enfermedades tiene un gran mérito y dice mucho de nuestro paso por el planeta. Por más que luego hagamos mal uso de nuestros inventos, el ser humano merece siempre una oportunidad. Hoy es uno de esos días en que no lo veo todo perdido. En el futuro, los que vengan detrás de nosotros seguro que serán capaces de seguir sobreviviendo. Aquí o en otro planeta, o en otra dimensión, qué sé yo. Ya he dicho que hoy me he levantado mirando con optimismo hacia la raza humana. Algo parecido pudo pensar el primer mono que decidió erguirse y aventurarse por otros derroteros que no fueran los de la simple animalidad y el destino que marcará la naturaleza. Hay que estar atentos. Hablamos de seres humanos, y en ellos puede surgir cualquier sorpresa que haga variar los funestos presagios que ahora atisbamos nosotros. A veces el hombre es sinónimo de milagro.

*** Anoche hubo una gran fiesta en la calle. Miles de jóvenes bebieron y cantaron hasta el amanecer. Algunos se besaban recién conocidos, o se iban en busca de lugares más oscuros y privados.

Yo fui muchas noches uno de ellos. Bebíamos como si no fuéramos a despertar jamás en la prosaica realidad que luego encontrábamos al día siguiente. La noche y el alcohol se convertían entonces en aliados contra el tedio.

Ya apenas recibimos cartas en el buzón. En unos cuantos años el correo convencional parecerá algo del pleistoceno que habrá que explicarles con paciencia a las nuevas generaciones. No nos quedará más remedio que esmerarnos para hacerles comprender que, aun con la lentitud, los retrasos y la poca efectividad, había algo en aquellas cartas que jamás podrá conseguir el correo electrónico más inspirado. En las cartas de amor, por ejemplo, quedaba atrapado para siempre el sentimiento de la otra persona. Y además éramos rehenes eternos de nuestras cursilerías. Nos va a costar describirles el momento en que atisbábamos en el buzón la carta tan esperada de quien amábamos en la distancia.

*** Cada vez tenemos que escribir más corto. Nuestra misión es que se enganchen nuevos lectores, que haya cada vez más gente que quede marcada por la magia y el golpe certero de la palabra y de los sueños. En los anaqueles ya hay páginas y calidades suficientes como para que nunca falten nuevas búsquedas y nuevos deslumbramientos. Debemos tender un puente con todos nuestros clásicos antes de que se nos hunda definitivamente la literatura. De nosotros depende que no caigan en el olvido. Si mueren ellos moriremos todos.

Llaves que no sabemos ya ni qué puertas abren, ni qué casas, ni en qué tiempos lejanos y olvidados iban a todas partes con nosotros.

No somos más que una sucesión de actos cotidianos que se repiten entre el lunes y el domingo.

*** Todos podemos volvernos locos en cualquier momento de nuestra existencia. Nadie está a salvo de su propio cerebro. Ni siquiera los cuerdos pueden presumir de no haber perdido el norte alguna vez.

No nos queda más remedio que pensar que los muertos que quisimos mucho están siempre con nosotros.

El vino, a veces, ayuda al olvido y nos hace creer que somos eternos y felices. Nos olvidamos de que al día siguiente habrá una resaca, casi más existencial que física, que se encargará de ponernos incluso más abajo de donde ya estábamos.

*** Hoy es 15 de octubre de 2004. Recuerdo perfectamente estar delante de un papel marcado con dos rayas escribiendo 15 de octubre de 1974. Hace ya 30 años de aquellas tardes colegiales de las primeras letras y los primeros atentados contra la libertad que uno lleva consigo desde que viene al mundo. Cómo pasa el tiempo. En esos 30 años me han ido domesticando cuidadosamente hasta convertirme en este ser melancólico, responsable, trabajador y amante de la literatura, la música y el deporte. Cada día me parezco más a esos locos empastillados que ya casi ni se mueven de tanta sedación y tanta droga como llevan encima. Queda poco de la fuerza arrolladora de aquel niño rebelde que quería comerse el mundo. Hoy escribo las fechas en las hojas sabiendo que ya no existen los milagros y que el tiempo pasa cada día más deprisa.

Al apagar la luz de una habitación hay un momento en que notas cómo los sueños y los fantasmas empiezan a moverse de un lado para otro.

*** Las mandarinas varían su sabor según llegan las primeras lluvias de octubre. Son las mismas que comíamos en los días soleados de principios de septiembre, pero saben de otra manera, como si el agua de su pulpa se consagrara al otoño y se volviera más ácida y más amarga.

Debería haber un término medio entre la soledad y la vida en pareja que no conllevara inevitablemente la ruptura o la apatía.

Hay días en que no sabes por dónde empezar a buscar motivos que hagan que merezca la pena salir de la cama.

¿Cuántos, de todos los que han muerto en la última semana en España, eran del Real Madrid y cuántos del Fútbol Club Barcelona? ¿Tiene ese dato alguna trascendencia? Lo pregunto por si sirviera de algo y no le estuviéramos dando la importancia que merece. Por lo que escuchas alrededor el fútbol es una de las cosas que más preocupa a la gente.

*** El barrio aburre, y es casposo, y triste, y los niños que eran tus amigos en el colegio comienzan a catar la droga o el abuso de largas horas de trabajo remuneradas con un mísero salario. Tú quieres otra cosa y te juras, mientras miras los descampados desoladores desde la ventana de tu piso, que serás algo importante en la vida. Pero el tiempo va pasando y nadie viene a buscarte, y te vas quedando en el barrio. Casi sin darte cuenta, por una cosa o por otra. Y sólo alguna vez te aferras a los milagros. Realmente ya sólo confías en los milagros.

Los discos de vinilo nos van haciendo mucho más mayores de lo que creíamos. Y la emoción ante el sonido rasposo de la aguja nos

convierte en unos nostálgicos insoportables. Así de imperfecto era también el sonido de nuestra adolescencia. Pero era bello y sin duda nos hacía soñar y enamorarnos.

Los pies fríos a esta hora de la tarde nos avisan de que ya está a punto de llegar el otoño.

*** No creas a los que te digan que tú eres el que está sonriendo en la foto delante de Notre Dame en un día soleado de primavera. Tú estabas muerto entonces; tan muerto y tan aburrido como los pensionistas tristes que esperan a la parca tostándose en la plaza con el sol inmisericorde de la tarde. Nunca estuviste en París. Esas fotos mienten tanto como los boleros. Y ellos también.

Ocho de la mañana. Un hombre solo con cuatro cervezas a su lado fuma desesperadamente un cigarrillo. Bebe, fuma y casi no levanta la vista del suelo repleto de hojas secas y palominos. No es un hombre feliz.

No sé nada del mundo hace más de veinticuatro horas. No he encendido la radio, ni he visto la tele, ni he leído periódicos, ni tampoco me he conectado a Internet. Vivo retirado del mundo en una casa de campo, escribiendo. Ahora mismo el planeta podría estar desmoronándose y yo, mientras, estaría aquí viviendo lentamente, pacientemente, como si tuviera toda la vida por delante. Mirar el reloj todo el rato no hará que el tiempo pase más deprisa. Las agujas y los minuterios no son más que añagazas. Él marca los ritmos, y las pausas, y hasta las ocasiones para que vivas en el séptimo cielo o te hundas en la más absoluta de las miserias. Sólo nos queda dejarnos llevar y respirar profundamente. Y por supuesto encomendarnos a su suerte.

No, no hay ninguna diferencia entre el destino de esa cucaracha que acabas de pisotear asqueado y tu propio destino. No te engañes pensando que hay un cielo tisú que te separa de ella.

Los pies en el suelo nos van alejando cada vez más de los sueños.

Trato de vivir siempre junto a la orilla del mar para no perder nunca de vista el camino de salida.

*** No te llevará muy lejos este billete de metro, pero al menos te dará la oportunidad de subir a un tren y de imaginarte que huyes tan lejos como llevas soñando desde que tienes edad para la aventura.

Los domingos por la tarde es cuando las grandes ciudades, vacías y casi despobladas, dejan ver a los locos, los yonquis, los jubilados y los aburridos de la vida que entre semana son sepultados por las prisas y la vorágine diaria.

No me atreví a preguntarte si había alguna posibilidad de que te quedaras. Ahora han pasado más de cuarenta años y todavía sigo echándote de menos. Me han dicho que tú también has estado sola todos estos años. A veces las pequeñas decisiones cotidianas nos acaban marcando el destino más de lo que nos podíamos imaginar cuando teníamos veinte años y toda la vida por delante.

*** Leo para salvarme. No concebiría un mundo que no me diera la oportunidad de acercarme a otras realidades distintas de las que

tenemos delante de los ojos todo el rato.

En los libros mandan las palabras y el silencio, ese cóctel que unido al mundo de los sueños tanto miedo les ha dado siempre a los pragmáticos.

Lo del éxito y el fracaso no son más que conceptos maniqueos de los que siempre han hecho uso los mediocres y los trepas.

Hay que tratar de justificar con un beso, con una frase o con una sonrisa el tiempo que pasa y la muerte que queda en cada segundo que vamos dejando atrás. Que no sólo crezcan las uñas y los pelos con el paso de los días.

*** Qué triste que el tiempo sólo pase sobre nosotros envejeciéndonos a su antojo.

¿Qué es lo que nos hace elegir unas melodías sobre otras? ¿Por qué hay acordes que se emparentan mejor que otros con nuestras lágrimas y nuestros sentimientos más profundos?

Las flores, muerte y vida, qué prodigio de fulgores y de brillos tan contradictorios, amor y despedida, corona y ramo, pétalos que lo mismo adornan la solapa de un padrino de boda ufano y radiante que el terno triste de un muerto al que sus deudos aún quieren agarrar a la vida.

La fiebre nos enseña que no somos tan invencibles e importantes como a veces nos creemos. Unas cuantas décimas nos dejan tirados en la cama, entre sudores y pesadillas, tal como nos sucedía con doce o trece años. Da igual la vida que hayamos llevado. Llegado el momento de la fiebre todos somos igual de vulnerables. Igual de niños.

*** No entiendo ese empeño tan humano que a veces nos lleva a repetir los errores aun a sabiendas de que nos estamos equivocando y de que vamos mal encaminados desde el primer momento en que nos aventuramos en busca de tantos sueños imposibles.

No pensaba cerrar el negocio. La calle ya no era lo que fue un día, cuando toda la ciudad venía aquí a comprar la ropa. Ahora van a los centros comerciales de las afueras, y además él se ha quedado anticuado y sigue con los mismos escaparates de hace treinta años. Ella entró una vez y su timidez, la de él, le impidió decirle que le gustaba o invitarla a un café, o contarle algo gracioso que moviera a la complicidad. Tampoco ella volvió a entrar jamás. Se llevó dos vestidos, una falda y tres camisas estampadas. Él no cierra la tienda porque aún sueña que pueda volver algún día, y porque además es el único sitio donde ella sabe que le podrá encontrar. Le da igual lo que digan sus sobrinos o las ofertas que le hacen reiteradamente los bancos y las grandes franquicias por el local. Él es un hombre enamorado.

*** Las viudas siempre van a misa los domingos por la tarde. Y luego, todas juntas, se acercan a la churrería a mojar churros en chocolates espesos y adulterados con los que endulzar sus respectivas ausencias. No suelen contarse nada de sus tristezas y hablan siempre de los nietos, de los gatos, de los perros o de los programas que ven por la tele. El rato que están juntas es como un lenitivo indispensable para seguir sobreviviendo.

No sé qué busca cuando pasea solitario y ensimismado por la orilla de la playa en estas tardes frías de otoño en las que ya casi nadie se acuerda del mar.

*** Cada mañana escribía unas cuantas palabras al azar para cerciorarse de que aún no había llegado el momento definitivo del olvido. Le dijeron que la enfermedad se iría presentando gradualmente y que primero olvidaría los números y los rostros de las personas que le rodeaban. Luego, poco a poco, también olvidaría todas las palabras. Había visto el proceso en otros ancianos del asilo y más tarde o más temprano sabía que también le tocaría a él. En estas residencias asépticas y tristes todos saben que las únicas escapatorias posibles son ya la muerte o el olvido. Él estaba deseando olvidarse de todas palabras. También se quería morir.

*** La niña gorda no quiere ir al colegio porque sabe que todas las burlas y las maldades de la infancia se van a centrar en ella. Odia la clase de gimnasia y se quiere morir cuando todas las compañeras se ríen a mandíbula batiente al verla estrellarse una y otra vez contra el cuero rasposo y gélido del potro, o cuando se queda enganchada en el primer nudo de la cuerda que cuelga del techo del gimnasio. A veces tiene deseos de matar y otras de dejarse morir. Por eso odia el colegio, porque está matando su inocencia y la está convirtiendo en una sádica rencorosa que con el tiempo va a desear vengarse de toda la humanidad. El café con leche del desayuno hace ya mucho tiempo que va a parar a un estómago lleno de miedos, angustias y temblores mañaneros. Y sólo tiene doce años.

Los años que dejamos atrás nos terminan mirando desde la otra acera con la mirada cáustica e irónica de Robert Mitchum.

*** Era de los que pensaba que nunca la honradez y la coherencia habían peligrado tanto como en estos primeros años del siglo veintiuno. Seguro que exageraba, pero con la experiencia de toda la historia que conocía no entendía cómo seguíamos empeñados en hacernos la vida imposible los unos a los otros. Le

preocupaba la dejación absoluta de responsabilidades con el medio ambiente y con nuestros hermanos que mueren de hambre y de pena. Y también todas esas nuevas formas de prostituirnos que nos encontramos cada nuevo día. Está claro que no era nada optimista con el destino de la raza humana ni con el futuro que le esperaba al planeta y a sus futuros moradores. Ya era la quinta vez que lo internaban en la Unidad de Salud Mental en lo que iba de mes. En primavera los locos se embrutecen y se empeñan en verlo todo negro. Abril suele ser un mes funesto para los locos con cordura y metafísica *machadiana*.

*** Aún le quedaba mucho para saber que la lluvia sólo existe para empapar tristezas y para humedecer las calles en las que nos besábamos como locos los veranos luminosos de la adolescencia. Algún día descubrirá que los paraguas no son más que engaños que no evitan que la humedad de los pies nos termine calando hasta lo más profundo de nuestras almas.

Nunca lograremos vencer al tiempo y a su maldita costumbre de ir robándonos neuronas y seres queridos.

Sabía que al morir se quedaría habitando en cada una de las páginas de los libros que hubiera leído. Por eso no lo podíamos convencer para ir a ninguna parte. Leía como un poseso tratando de ganar a todas horas la inmortalidad.

Estaba convencido de que los correos electrónicos y los mensajes en los teléfonos móviles no eran más que añagazas para acabar con el lirismo en las comunicaciones.

*** Se lo gastaba todo en las máquinas tragaperras. Trabajaba de sol a sol cortando el pelo de la gente y luego se dirigía a un bar que estaba justo al lado de la peluquería a gastar hasta el último euro ganado durante esas horas. No tenía nada. Había perdido a la

mujer, a los hijos y a sus mejores amigos. Todos acabaron hartos de sus sablazos y de sus mentiras. Si no ha terminado durmiendo en la calle es sólo porque sus hermanos le han dejado que permanezca en la casa familiar. Al menos tiene un lugar donde poder caerse muerto dignamente. Y lo increíble es que en su día lo tuvo todo y era un tipo responsable, feliz y equilibrado. Pero de dos años para acá no ha hecho más que acercarse a ese fondo terrible en el que confluyen los viciosos y los fracasados. La música siempre le volvió loco, y el sonido que sale de las máquinas tragaperras es superior a sus fuerzas y le hace perder cualquier control sobre sí mismo. Jamás se ha vuelto con dinero a casa. Para mí que sólo juega para perder, aunque él vaya diciendo por ahí que lo hace por la emoción y el vértigo indescriptible que siente cuando toca los botones que dan inicio a cada nueva jugada. Es un hombre a la deriva.

*** Cada vez que paso por una casa recién derribada y veo los restos de las cocinas, las paredes aún con la huella de los cuadros o las puertas desvencijadas entre los escombros se me pone un nudo de pena y de miedo en el estómago. Algún día todos estos objetos que me rodean, y las paredes, y la puerta que sabe tanto de mis misantropías y mis desvelos también acabarán en un solar en ruinas como el que tengo delante de mis ojos. Yo mismo no seré más que olvido cuando llegue de improviso el día en que ya no valgan nada mis huesos y el mercado vea rentable especular con mi espacio y mis pocas pertenencias.

La noticia estaba hoy en la prensa local. Su novio le había rociado con gasolina y luego le había prendido fuego en medio de un descampado. Cuando llegó al hospital todavía estaba consciente y los médicos le explicaron que los daños eran irreversibles y que sólo le quedaban unas dos horas de vida. Le dijeron que pidiera lo que quisiera, y ella pidió un polo de hielo. Sólo tenía dieciocho años. Era casi una niña.

*** Odiaba las luces de navidad y se ponía fatal desde que empezaban a sonar los primeros villancicos horteras que hablaban de peces en el río y piadosos pastores camino de Belén. De niño sí

le gustaba tararear los villancicos y apenas si dormía la Noche de Reyes. Siempre recuerda que no había en el mundo nada que le entretuviera más que hacer cada año el portal de Belén. También cuando sus hijos fueron pequeños disfrutó lo suyo viéndoles ilusionados y contentos en esas fechas. Pero ahora estaba solo, en un asilo con olor a orines y a medicinas. Su mujer murió hace cuatro años y sus dos hijos viven en el extranjero. Para él la Navidad no es más que una afrenta permanente a los aliquebrados, a los pobres y a los solitarios. Y encima las monjitas del asilo se pasan con el anís y con la sidra y se empeñan cada fin de año en que canten esos villancicos que saben a rancio y al turrón amargo y caducado que les ponen en la cena.

Desde cuándo se activa el cáncer, cuándo comienzan a comernos por dentro las células homicidas que se empeñan en volvernolvidados. En qué momento empezamos a alimentar el tumor maligno que está llamado a acabar con nosotros.

*** Qué calor y qué cercanía me une a este son cubano que me desarma y me hace revivir intensamente amores y vivencias inolvidables. Manigua y ron, facundia y maraca. Suave cadencia caribeña que me trae Omara Portuondo para espantar a la muerte.

Aprendía idiomas a todas horas para garantizarse nuevas oportunidades en otras partes del planeta. Hasta ahora la suerte no le había sonreído y ya estaba cansado de tanto fracaso y de ser un don nadie al que ni siquiera le daban los buenos días los vecinos de su propio edificio. Vivía solo y no tenía ni amigos ni amores; jamás los tuvo. Cada idioma que aprendía era un escenario nuevo en el que plantear sueños y proyectos más venturosos. Hablaba y escribía ya en treinta lenguas, pero le faltaba la fuerza de voluntad necesaria para dejarlo todo y empezar de cero en otra parte. Toda la vida había sido un pusilánime y un apocado incapaz de arriesgar. A sus años ya sólo confiaba en que todos esos idiomas le sirvieran para contar con más posibilidades de éxito en sus futuras

reencarnaciones. Además de pusilánime siempre había sido un tipo precavido.

*** La obsesión por los alimentos le estaba dejando en los huesos. Para él todo tenía veneno o se convertía en cancerígeno por los contenidos de los envases. No había quien le invitara a un tentempié o a una caña. Nadie estaba a salvo de sus sermones y de sus radicalismos alimentarios. Su mujer y sus hijos lo habían dado por imposible. En el trabajo acabaron hartos de tantas exigencias medioambientales, y ni los que éramos sus amigos antes de que empezara con todo esto tenemos ganas de estar con él más de cinco minutos. Está empeñado en que nos quieren envenenar con todo lo que comemos, y así no hay quien pueda vivir. Todos sabemos lo que está pasando, pero no estamos dispuestos a que venga ningún iluminado a recordarnos el listado de venenos cotidianos que estamos metiéndonos entre pecho y espalda. Hasta ahí podíamos llegar. Para sobrevivir en este mundo virtual que estamos montando hay que ser tonto o aprender a hacerse el tonto; de lo contrario te conviertes en carne de cañón.

*** No tachaba los nombres de los amigos muertos en su agenda, aun cuando sabía que en caso de necesidad ninguno de ellos le iba a servir de nada. Tenía ochenta y nueve años y sabía que si se ponía a borrar a los ausentes se podía quedar con la agenda vacía, o a lo sumo sólo con el teléfono del banco, del supermercado o del repartidor del gas. Para evitarse esa sensación de soledad prefería pensar que todos aquellos números apuntados cuidadosamente durante más de sesenta años responderían en caso de precisar ayuda, o cuando tuviera ganas de conversación. Manteniéndolos con sus nombres y con sus respectivos números de teléfono lograba al menos no constatar que el vivir más que nadie sólo sirve para tener más amigos muertos y para ser más consciente de la tomadura de pelo que es la existencia.

*** De dónde vendrá nuestro rostro, en qué ciudades se habrá ido forjando, qué mezcla de razas y de sangres fueron conformando nuestros contornos y nuestro carácter. Hacia qué parte del planeta hemos de mirar para reconocer el lugar de donde salieron un día nuestros antepasados. Qué milagros han ido sucediendo para que la probabilidad casi imposible de que saliéramos nosotros,

precisamente nosotros, se concretara definitivamente. A quién tenemos que agradecerle todas esas contingencias, dónde están los padres de nuestros rostros. Ni siquiera sabemos ya quiénes eran nuestros tatarabuelos.

*** Mi perra se acaba de comer un papel escrito con cuatro aforismos que yo creía geniales y maravillosos. Ha llegado como quien no quiere la cosa y ha cogido delicadamente el papel con los dientes antes de hacerlo añicos y tragárselo. No he tenido tiempo de reaccionar, ni de reprenderla, ni de intentar recuperarlo. A estas alturas ya deben estar todas las palabras que me ha robado danzando dispersas por sus intestinos. Los escribí hace dos días, y no me acuerdo ni de lo que trataban. Sé que me gustaron mucho y que ya jamás podré volver a recuperarlos. Quizá mañana, o pasado mañana, alguna de esas frases se atisbe entre los pestilentes detritus de mi perra. Al fin y al cabo ese es el destino de todas las palabras a veinte mil o cuarenta mil años vista. Qué más da que pase antes o después.

*** Hoy en la guagua dos señoras iban hablando de la marca de agua que yo llevo tomando desde hace más de cinco años. Entre risas y comentarios malévolos las dos decían que era un agua que nacía justo al lado de un cementerio, y que en su camino hacia la planta de envasado atravesaba todo el subsuelo del camposanto. Describieron lo que podía ser la podredumbre del cadáver mezclándose con el líquido elemento que luego ingeríamos ilusos como yo. Llevo todo el día con náuseas. Y prefiero no pensar más en lo que les escuché a las dos chismosas maledicientes de la guagua. De momento pienso cambiar inmediatamente de agua. A lo mejor es de ahí donde me viene toda la metafísica y el existencialismo coñazo de estos últimos años.

*** Nos saludábamos desde hacía veinte años, pero no conocía su nombre. De lunes a viernes coincidíamos en el trayecto hacia nuestros respectivos trabajos. Yo lo veía entrar en el anticuario que regentaba y él me veía dirigirme a la oficina de correos. Hoy he visto una esquila mortuoria en el periódico con el nombre del negocio en el que trabajaba y me he imaginado que podía ser él el que había muerto. No me lo tropezaba desde hacía días y esta misma mañana sus herederos han colocado el cartel para traspasar el anticuario. Se

llamaba Julián Riobé Alcañiz. Tenía 62 años y esta noche, a las ocho y media, habrá un funeral en su memoria en la iglesia de los padres franciscanos. Descanse en paz.

*** Primero fueron las palabras y los números de teléfono, después las caras y los recuerdos que daban fe de su paso por la vida. Finalmente había olvidado también aquellos lugares en los que siempre soñó que le gustaría retirarse a vivir los últimos días de su existencia. No le quedaba nada, ni tenía a nadie que velara su sueño o la acompañara para no perderse en ese descenso a los abismos de la memoria en el que andaba sumida. En el hospital se limitaban a sedarla y la trataban como si fuera un mueble más de la aséptica habitación compartida en la que llevaba más de dos años. A veces, cuando se ponía muy nerviosa y trataba de levantarse, la ataban a los barrotes de la cama y le aumentaban la dosis de sedantes. De vez cuando le venía la imagen de aquella isla griega en la que siempre soñó que sería maravilloso vivir los últimos años de su vida.

*** Cada tarde llega con su silla de ruedas y empieza a echar monedas en las máquinas tragaperras hasta quedarse sin un euro. Nunca se le ha visto emocionado o feliz por los aciertos, y cuando pierde se mantiene igual de apesadumbrado que siempre. No entiendo qué es lo que busca cada tarde en estas derrotas cotidianas. Siempre está solo y me han dicho que tiene mucho dinero. Lo dejó una mujer hermosísima con la que vivía en el momento del accidente de tráfico que le condenó a la silla de ruedas. Primero le dijo que lo quería y que jamás lo dejaría en la estacada, pero no pasaron más de cuatro meses antes de que se fuera con otro. Ahora vive solo y está todo el día pegado a la televisión. También le ha dado por beber, sobre todo cuando llega la noche y las penas se revuelven y encuentren su hábitat perfecto entre la oscuridad y el silencio de los pasillos de su casa. Jamás sonrío.

*** La navidad despliega su parafernalia almibarada de villancicos horteras, luces que no vienen a cuento y comidas pantagruélicas de compromiso que terminan destrozándote el estómago. Los mendigos siguen acomodándose como buenamente pueden en todas las plazas y parques de la ciudad, y ayer llegó a

Fuerteventura una patera con quince africanos muertos de frío durante la travesía nocturna por el Atlántico. Venían abrazados los vivos a los muertos, como mismo he visto abrazarse a los mendigos cuando el frío de diciembre aprieta más de la cuenta y no hay alcoholes ni mantas que venzan la hipotermia. En la radio y en la tele no paran de repetir estupideces y mensajes de paz y solidaridad. Y suena el fun fun fun, y lo de la marimorena, y los peces en el río, y hace unos días se volvieron a escuchar las estridencias de los niños de San Ildefonso adaptadas a la sonoridad del euro. Todo parece tan bonito y tan lleno de magia que dan ganas de creer que el mundo es verdaderamente maravilloso y que está todo lleno de Papá Noeles y de turronec de almendra. No sé dónde enterrarán a los negritos muertos en Fuerteventura. En la tele y en la radio no entraron en detalles cuando dieron la noticia.

*** Pedalea cada mañana en la bicicleta estática con los ojos cerrados y tremendamente concentrado en el ritmo imparable del pedaleo. A veces viaja al pasado, a lugares que ya no existen, y otras se sueña recorriendo paisajes paradisíacos en los que nunca ha estado. También alza la mano cuando imagina que llega a alguna meta o que corona un importante puerto de montaña. Nadie le observa, y todo lo más se acompaña con algo de música clásica o de jazz. Son sus cuarenta minutos de gloria diaria. Gracias a esos viajes y a las endorfinas que genera mientras suda sobrevive.

A los perros no les sirven de consuelo los tangos. Tampoco a nosotros cuando los enterramos. Esos veinte años que dicen que no son nada los hijos de Gardel son para ellos mucho más que una vida.

Después del día de Reyes en el Metro todos huelen a colonias más caras, y van más limpios y mejor vestidos, pero eso sólo es fachada; por dentro huelen igual que siempre, y el Metro también.

*** No hay nada que hacer cuando coinciden el vino y el remordimiento.

Cómo has podido entregar toda tu vida y romper con todo tu pasado por el amor de una loca que no sabes siquiera si te seguirá queriendo mañana.

En el hospital ya no sabían qué hacer para convencerle. O se le cortaba la pierna gangrenada o moriría en unas pocas horas. Nadie pudo doblegar su voluntad. Tenía noventa y dos años y decía que quería irse entero al otro lado. Así se fue.

*** Cómo te sientes cuando traicionas a sabiendas y dejas de ir al médico que era tu amigo, o ya no compras en la tienda de toda la vida porque dices que se ha quedado anticuada y que está todo más caro que en los centros comerciales, o cuando ya no alquilas películas en el vídeo club de aquel enamorado del cine que tanto y tanto te enseñó porque has contratado una plataforma digital. A ninguno de ellos le diste siquiera una explicación. A partir de esas traiciones cotidianas cabe esperar cualquier cosa de nosotros.

Es un lujo saber que sigues viviendo bajo este mismo cielo y que respiras este mismo oxígeno. Uno duerme más tranquilo sabiendo que usted no ha muerto todavía.

*** La habitación está vacía, todavía tibia, manteniendo el olor y el calor de tu cuerpo cuando ya te has ido y yo también estoy a punto de marcharme a morir otro día en la laboriosidad mañanera que nos enreda con hipotecas, compromisos y diplomacias interminables. A veces también tengo ganas de volver a meterme otra vez entre las sábanas y llamarte a tu trabajo para que te busques una excusa y te vengas a intentar estirar el día hasta donde podamos antes de que nos demos cuenta de que no somos eternos ni tenemos todo el tiempo por delante.

*** Todo estaba preparado para el gran baile en el Club de la Tercera Edad. Todos los domingos por la tarde el Club se llenaba de ancianos y ancianas que entre ritmos pasados de moda no paraban

de danzar y de mover el esqueleto hasta las diez, y a veces hasta las once de la noche. Aquella tarde, sin embargo, quien apareció por el salón de actos fue la policía. Había habido una amenaza de bomba en el Club y sobre la marcha se procedió a desalojar el inmueble. Finalmente había sido una falsa alarma, pero el baile no se pudo reanudar. Uno de los viejos que habitualmente acudían a la cita dominguera había sido quien había llamado a la redacción de un periódico de la provincia anunciando la colocación del explosivo. Se negaba a que su enamorada siguiera bailando con aquel chulo de pacotilla que se movía como Fred Astaire. Ya él hacía meses que no podía mover las piernas, y con ella sólo podía estar hablando entre semana en los encuentros del Club. Luego llegaba el domingo y su cuerpo, su sonrisa y hasta sus ilusiones más volanderas caían en manos de aquel frotaesquinas de tres al cuarto incapaz de apreciar su belleza o de valorar su inteligencia. No estaba dispuesto a perderla así como así, y ya estaba buscando la manera de quemar el salón de actos o de matar al Fred Astaire si hacía falta. Era un hombre enamorado al que sus piernas ya no le dejaban bailar.

*** Yo también toqué fondo. Por eso ya no escucho tangos ni me atrevo a ver los telediarios.

El hombre llevaba muchas copas encima y casi no podía vocalizar. Se notaba enseguida que no estaba acostumbrado a la bebida y que si lo estuvo alguna vez hacía muchos años que no la probaba. Estaban a punto de sacarlo a empellones del bar. Nadie aguantaba su llanto, ni aquella retahíla interminable de recuerdos y de lamentaciones. Decía que tenía 55 años y que se acababa de enterar de que su primera novia, que fue luego su primera esposa, y con la que estuvo casado durante quince años, había muerto hacía dos meses de cáncer en una ciudad lejana. Nos contaba que él no se había enterado hasta hoy y que eso le revolvió el alma y las tripas. Por eso estaba llorando desconsoladamente, y por eso lo sacaron del bar como lo sacaron, a empujones y cogiéndolo por la pechera. No hacía más que repetir el nombre de su primer amor mientras lo zarandeaban violentamente y lo arrastraban hacia la

puerta de la calle. Por si a alguien le interesa se llamaba Marta. No sé nada más de ella.

*** Hoy le han diagnosticado un cáncer a mi perra y les juro que soy yo el que tengo ganas de morir. Ella no ha parado de mover el rabo desde que me vio llorar desconsoladamente. Quiero pensar que no se ha enterado de nada, pero lo cierto es que hasta hoy ha tenido sentidos suficientes como para saber qué me pasa en cada momento y también para adelantar cualquier acontecimiento. Seguro que sabe que su fin está próximo, y que lo sabe mucho antes de que se diera cuenta el veterinario. Realmente durante toda su vida no ha hecho más que estar pendiente de mí a todas horas. Nadie sabe cuánto la quiero y cuánto la voy a echar de menos. Bueno, ella sí lo sabe y por eso hace lo que hace. No tengo ni que decir que buena parte de mí, tal vez la mejor, se morirá con ella. Ahora duerme. Quién ha tenido perro sabe que pocas cosas son tan hermosas como ver a un perro retozar relajadamente al lado de uno. Trato de no llorar para no despertarla. Llora en silencio. Y escribo. En el fondo es lo mismo.

Cuando dije que no iba a volver a cantar tangos mentí. Con dos copas y a ciertas horas de la noche siempre recaigo y acabo borracho de recuerdos.

*** Atrapado por las palabras. Otro que se salva. O se condena.

Vale, está bien, los correos electrónicos son un invento fabuloso, genial y casi mágico que nos hace la vida más fácil y mejora notablemente nuestras posibilidades de comunicación. Sin embargo yo me quedo cada día más aliquebrado cuando llego a casa y no encuentro en el buzón más que cartas de los bancos con el extracto de lo que tengo en la cuenta y con las facturas de todo lo que aún me queda por pagar. Nadie más me escribe desde hace años.

Cuando duermes también sobrevives.

*** Me han querido cobrar doce euros por una rosa roja. Según reconoce el propio empleado de la floristería ese precio se debe a la demanda que provoca el Día de los Enamorados. Hoy, huelga decirlo, es el Día de los Enamorados. Si los amores dependieran de estas rosas rojas estaríamos aviados. No hago más que pensar en todos esos pobres enamorados que no tienen ni para llegar a fin de mes, o en el joven, también enamorado, que quería aprovechar este día para la declaración de su amor con unas flores de por medio. De un tiempo a esta parte el mercantilismo arrollador que todo lo echa a perder también anda silenciando el lenguaje floral que tanto gustaba a los poetas románticos. Cada vez nos van quedando menos motivos para el optimismo. Y para el amor.

*** El perro casi no puede andar. Tiene catorce años y su dueño anda cerca de los ochenta. Se acompañan mutuamente, y mucho me temo que ninguno de los dos va a ser capaz de poder superar la muerte del que se vaya primero. No les quedaría tiempo ni para el olvido ni para la cicatrización de las heridas. Caminan muy despacio, temblorosos, llevándose como buenamente pueden el uno al otro. Para mí son la viva imagen de la ternura y la complicidad. Para los peatones que ven frenados sus pasos no son más que un par de estorbos, un perro viejo y sin pedigrí tirando de un viejo con olor a orines y a soledad. La ciudad está llena de estas estampas tiernas y solidarias, pero cada vez nos cuesta más verlas, cada vez caminamos más aprisa, más histéricos y atropellados. No están los tiempos como para perder un minuto entre semana observando los temblorosos y dubitativos pasos de un viejo y un perro sentenciados. Como nosotros, sentenciados.

*** La vida no se diferencia en nada de ese paso de peatones que ves desde la ventana de tu habitación. Gente que pasa. Señales que indican cuándo podemos cruzar de un lado para otro, descarriados que se saltan las normas y casi siempre acaban atropellados, un ir y venir autómatas de acera en acera hasta que desaparecemos de la escena. Todo ese ir y venir cotidiano recuerda mucho a la vida.

Pocas cosas hay tan descorazonadoras y tristes como pasear un domingo por la tarde por las calles de un polígono industrial.

*** A las dos o las tres de la madrugada me he sentido dueño de muchas de las grandes plazas del mundo. No hace falta trabajar sin tregua o ahorrar hasta el último céntimo para acceder a estas propiedades. Tampoco se exigen deslealtades, puñaladas traperas o contradicciones. Se ha de llegar quedamente, disfrutando de la soledad y del sonido que producen los pasos sobre los adoquines, casi siempre húmedos y cargados de grandes historias. A ciertas horas de la madrugada uno debe aprovecharse de la derogación de las leyes diurnas para sentirse dueño de todo lo que está sobre la tierra.

La existencia tiene el riesgo constante del directo.

*** Los borrachos de la plaza que está junto a mi casa son puntuales y cumplidores. Día tras día, a las ocho en punto de la mañana, llegan con sus cervezas y su vino barato y se ponen a beber en silencio. No les he visto nunca con síntomas de resaca ni en fases folclóricas o patéticas. Beben, se fuman unos cuantos cigarros, y orinan detrás de los contenedores de la basura hasta que a las once de la mañana desaparecen todos como si se los hubiera tragado la tierra. No sé dónde se meten el resto del día. De vez en cuando deja de venir alguno que es sustituido casi simultáneamente por otro nuevo dipsómano silencioso. No sé si se mueren, se regeneran o se cambian de plazas o de barrio. Ninguno de ellos tiene más de cuarenta años.

La vida no es más que un estado de ánimo.

*** Estos cambios horarios que nos imponen un par de veces al año con la martingala del gasto energético son una prueba más de nuestra incapacidad para controlar el tiempo. Los retrasos o adelantos de los dígitos no detienen o aceleran su paso y encima nos dejan a todos medio turulatos y despistados durante unos días. Los animales, que de esas cosas de la naturaleza saben un rato más que nosotros, mudan el pelo, aumentan su libido o aprovechan para reproducirse. Nosotros, en cambio, nos creemos dioses y tratamos de manipular el crono de nuestra propia existencia. Yo creo que es justo en esa falta de modestia ante lo que nos supera en lo que estamos fallando. De ahí nuestra insoportable vanidad, y nuestras neurosis cada día más enrevesadas y lastimosas.

La literatura casi siempre no es más que un motivo para poder seguir sobreviviendo.

Uno cuando olvida no hace más que buscar huecos en los que poder acomodar nuevos recuerdos.

*** Hoy, en la costa norte de Gran Canaria, tres jóvenes han ido al océano a tirar las cenizas de un amigo fallecido. Dos de ellos han muerto de un golpe de mar en el momento en que abrían la urna con las cenizas de su amigo muerto. La realidad, una vez más, se empeña en seguir superando a la ficción, y además lo hace por su lado más grotesco y más terrible.

Siempre terminará llegando alguien que te supere antes de que entres en la meta. Por más que ahora te creas invencible y te

cuelgues todas las medallas más tarde o más temprano tú también catarás el sabor amargo de la derrota. Es ley de vida.

Nos salva la tentación diaria de la belleza.

Las culpas son siempre patéticas.

*** La mezquindad se nota siempre, siempre, por más que te parezca que das el pego y que te ven como el no va más de la virtud y la bondad. Todos te están mintiendo, y tú lo sabes.

Provengo de un pueblo que prefirió olvidar la navegación para estar a salvo.

Al morir sólo dejó dinero.

La calle está llena de voces que sólo hay que saber escuchar.

*** Nos mata la ansiedad de querer ser siempre los primeros. No sé cuándo diablos olvidamos el placer de estar vivos. Por más objetivos que consigas no podrás nunca recuperar los momentos que has ido desaprovechando en busca de esos logros que se

engarzan entre sí hasta hacernos perder el norte de nuestra existencia. Cuando uno juega con el tiempo sólo pretende convertirse en dios. Pero a dios, si existe, le da igual el tiempo. Nosotros, en cambio, es lo único que poseemos. Cada día estoy más cerca de Horacio: “mientras estamos hablando habrá escapado envidiosa la edad: aprovecha el día, fiando lo menos posible en el que ha de venir”. *Carpe diem*.

La música existe para demostrar que la memoria es siempre un pretérito imperfecto. Sin la complicidad de unos acordes no habría ningún recuerdo que valiera la pena.

*** No conozco soledad más infinita que la de estar en alta mar de madrugada, lejos de la costa, con el motor parado, solo, sintiéndome que no soy nada debajo de un cielo de estrellas interminable y en medio de un océano que lleva en sus aguas la memoria de cuando no éramos más que pequeñas células submarinas. Venir de noche al mar me sigue protegiendo de la vanidad y hace que cada día soporte menos a los idiotas y a los pedantes estirados que apelan todo el rato a la inmortalidad de su obra.

Cada delfín que muere en las costas canarias por culpa de las maniobras militares es un baldón en nuestra existencia que acabaremos pagando algún día. Jamás me puedo quitar de la cabeza la alegría de vivir de las toninas cuando rodeaban mi barca y festejaban nuestro encuentro entre piruetas y escorzos imposibles.

Cada vez que despertamos hay un renacer y de alguna manera también un milagro.

*** La primavera activa por igual a los suicidas y a los enamorados.

Ni Beckham, ni Ronaldo, ni Ronaldinho agradecen los goles que marcan al balón que golpean incesantemente durante todo el partido. Ese niño de Sri Lanka tampoco imagina los dinerales y las pasiones que generan esos trozos de cuero que va cosiendo trabajosamente en medio de las amenazas de un explotador sin escrúpulos que sólo le paga lo justo para una ración de arroz.

En todas esas fotografías del pasado hay una parte de nosotros que jamás recuperaremos.

Los lunes por la mañana los desempleados tienen la sensación de que han sido expulsados del planeta.

*** Jamás nos damos cuenta de que cada despedida puede ser la última. Hay gente a la que ya no podremos reencontrar nunca más después del último hasta luego apresurado y casi de compromiso.

Nunca dejes que un poeta se acerque al vino.

Esas sirenas lejanas que anuncian los regresos o las partidas de los barcos te recuerdan que todo es tránsito y que más tarde o más temprano regresamos a ese viaje tan parecido al que anuncia la bruma mañanera del océano. Por eso conviene vivir siempre cerca de los puertos.

La vanidad convierte en mequetrefes a todos los hombres.

*** Cuando te hacen daño te duele, es inevitable. No vale poner al tiempo por testigo ni hacer como esos memos que se sientan a esperar el paso del cadáver de su enemigo. Qué me importarán a mí esos enemigos dentro de unos años, que más me da que se condenen en vida o que paguen sus maldades en avernos crepitantes y angustiosos. Las heridas siempre duelen en presente, que es cuando están abiertas y escuecen. Después sólo quedan cicatrices, inapreciables marcas de unas guerras que casi nunca recordamos.

La palabra impresa muere incluso cuando se escribe sin ánimo de lucro.

Soy un inofensivo superviviente de aquellas noches locas de poemas y de tangos, uno más que se salvó a tiempo y que sigue sobreviviendo en la abundancia de la estulticia más o menos cotidiana.

*** La colección indiscriminada de objetos tiene un punto de locura que acaba condenando a quien se empeña en acumular en una especie de trasterrado de sí mismo.

Prefiero leer y vivir lo que otros escriben. Si escribo es sólo por no sucumbir definitivamente a la neurosis y al aburrimiento cada vez más televisivo y sedentario.

La genialidad no es más que una punta de lanza envenenada de memeces.

A veces te das cuenta de que no has hecho más que avanzar por la inercia de cada una de esas puñaladas traperas que te clavan por la espalda. Ellos creen que te aniquilan. Pobres ilusos con alma de asesinos proclives a la aerofagia y a la histeria inconsolable.

*** Precisamente lo efímero es lo que más me atrae de la vida.

La presentadora dibuja una encantadora sonrisa mientras nos cuenta que se han muerto más de veinte mil personas en un terremoto en Irán. Show Bussiness.

Hay una cierta felicidad que sólo se entiende desde la ausencia absoluta de ambiciones personales.

Mis antepasados pudieron vivir en cualquier parte del mundo. No hay datos que avalen las raíces ni las querencias exacerbadas a un trozo de tierra que puede desaparecer en cualquier momento. Puestos a elegir sólo defendería una patria literaria.

Al final descubres que sólo viajas para tener algo distinto que recordar.

*** Es cierto que somos química, pero cada cual se formula luego como le viene en gana.

Los números a veces los carga el diablo.

Los sentimientos de culpa son los tahúres que una y otra vez derrotan a la alegría. Juegan siempre con las cartas marcadas.

Todos tenemos un bulto o un lunar que nos llena de espanto.

Me paro siempre a respirar la estela de los perfumes de todas las mujeres que pasan a mi lado. Cada olor es una puerta abierta a la aventura.

*** La educación que nos inculcan desde niños se empeña en alejarnos de esos animales que en el fondo, y sobre todo en las formas, seguimos siendo. Fracaso escolar.

Otra vez se está seleccionando la especie atendiendo sólo a la fuerza de los músculos y a las más arteras artimañas. Pobres

poetas del futuro; pobres hombres.

La huida sólo es posible por el mar, y el mar, a veces, se empeña en devorarnos.

*** Te has encontrado en el mercadillo de domingo que instalan encima de la estación de guaguas el disco de Silvio Rodríguez que le regalaste a aquel primer amor hace más de veinte años. Todavía conservaba la dedicatoria; por eso lo reconociste de inmediato. Prefieres pensar que ella está muerta y que el vinilo está aquí sólo por la avaricia rastrera de los herederos. No sabes nada de ella desde hace más de quince años, y es mejor que pienses que está muerta. Poco le debiste importar si cuando ha debido soltar lastre para seguir navegando lo primero que ha hecho es desprenderse de tu primer regalo de enamorado. *Te doy una canción*, y debajo, a la izquierda, tu letra con unos versos de Pablo Neruda. Es imposible que no sea el mismo.

El humor desorienta siempre a los malvados. Cuando les devuelves una sonrisa los haces realmente vulnerables.

*** Vuelves al pueblo de la infancia una mañana de domingo después de muchos años y sólo te reconoce un amigo que ahora es yonqui y anda dando sablazos a todo el mundo para hacerse con la dosis diaria. Los otros, o no te reconocen, o no quieren ver en ti las marcas que deja el tiempo cuando pasan más de veinte años. Tú tampoco los reconoces a ellos.

Hay en el boato de las bodas algo que las asemeja a un funeral. No sabría explicar exactamente qué es. A lo mejor es ese sacristán con pinta de espiritista barriendo el arroz y los pétalos de rosa que

les acaban de tirar a los novios. O la propia parafernalia. O tal vez la esencia misma del matrimonio.

*** Las Palmas de Gran Canaria. 1 de mayo. 12:05 horas. ¿Puede ser este pájaro que ahora canta de fondo mientras escucho a Haydn el mismo que cantaba en Madrid hace 10 años? Su trino es idéntico. ¿Qué posibilidades hay de que sea el mismo? ¿Puede ser el mismo pájaro si yo creo firmemente que lo es? ¿Algún ornitólogo o entendido en estas cosas de los pájaros podría aclararme estas dudas? ¿Podríamos el pájaro y yo contravenir las leyes y los tiempos de la ciencia? ¿Qué diría Einstein del pájaro y de mí?

Hay que intentar pasar de la estulticia diaria a la música de Mozart con el menor número de efectos secundarios.

Hemos de asumir cuanto antes nuestra condición de dioses y de demonios. Sólo así podremos seguir sobreviviendo, y perdonándonos.

*** Cuando nos recuperamos de los esguinces de tobillo no sabemos dónde diablos meter las muletas que compramos para no pisar en el suelo. Se quedan siempre en los trasteros o en las solanas de las casas y nos da no sé qué tirarlas a la basura o regalárselas a alguien. No sé si será miedo a las recaídas o si tiene algo que ver con la sensación de que deshaciéndonos de ellas estamos traicionando a nuestros propios pasos.

Todo se vuelve olvido inmediatamente, y aunque en la pena está bien esa fugacidad no deja de asombrarme la vorágine de estos tiempos tan alocados que vivimos. El sistema nos ha convertido en voraces perseguidores de sueños imposibles. Su estrategia se fundamenta en la prisa y en el vértigo diario. No hay pausas. Si te paras te atropellan.

Cada día aprendo más del mar, de la quietud de la bajamar tras el asedio despiadado de las olas que acompañan la subida de estas mareas de plenilunio. Sus ciclos son parecidos a mis estados de ánimo.

*** Nunca valoramos los méritos ajenos. Sólo así se entiende que hayamos olvidado el nombre del primer ser humano que cantó sobre la tierra.

El placer y la sabiduría requieren duros caminos de búsqueda que nos pueden llevar a la locura, a la resaca insufrible o a la desesperación. Por eso casi siempre se prefiere el pacto con la mediocridad y con el alicorto vuelo de la clase media.

Jamás busques que un mismo perfume huelga igual en dos mujeres diferentes.

Un día más que amanece. Todo un mundo de ignotas aventuras por delante.

Cada cual se trabaja su propia trascendencia.

*** Cómo le iba a contar que aquella loca que hablaba sola por la calle y que dormía en los bancos del parque acurrucada entre

cartones había sido la adolescente más guapa del instituto y que yo, hace más de treinta años, la había amado mucho.

Cuando uno se enamora lo hace siempre por vez primera, y hasta que no salimos de esa fase de arrobamiento inicial no nos damos cuenta de la cantidad de locuras que hemos sido capaces de protagonizar.

Caminamos sobre un alambre inseguro, y nuestra existencia diaria también forma parte del circo.

Los lunes, incluso cuando estamos de vacaciones, todavía conservan la misma sensación de orfandad de las mañanas de colegio.

*** La experiencia no es más que la gran martingala de los que llegan a viejos tras una suma insulsa de años.

Los melancólicos acabamos siempre regentando los recuerdos de las pequeñas cosas cotidianas que jamás cambiarán el mundo.

Otra vez el canto de los pájaros insistiendo en darle nuevas oportunidades a la mañana.

Quién es el idiota y el necrófilo que se entretiene cada año buscando los centenarios de las muertes ajenas para sacar partido en los comercios.

*** Definitivamente prefiero las mañanas de los sábados a las de los domingos. Los colegios odiosos de la infancia no empezaban hasta el lunes y era el único día con una perspectiva halagüeña que no acabara a la mañana siguiente. Los domingos ya traían algo de ese miedo que se instala en el estómago cuando sabes que estás a punto de salir del paraíso. Y sí, es verdad que algunas cosas de la infancia nos terminan marcando para siempre. Ésta es una de ellas.

Jamás he visto a los pájaros que escucho cantar mientras escribo. Andan por la azotea y aparecen sobre todo en primavera. Siempre regresan al reclamo de Bach y de Monteverdi.

En la literatura hay que aprender a resistir. Si claudicas y te dejas ir por el negro escotillón de la muerte te llevas contigo todas las palabras. También te pierdes si sucumbes para siempre a la falaz y patética bohemia. Hay que resistir intentando no perder el control de nuestras velas. Cuando no te queden argumentos agárrate al tiempo.

*** La marea lo devuelve todo. Sólo hay que sentarse y tener paciencia.

El rumor lejano del océano lleva repitiendo lo mismo desde hace millones de años. Y continuará haciéndolo cuando nosotros ya no estemos. Escuchemos el mar si aún creemos en la sabiduría.

Nunca podré escribir La Educación Sentimental de Flaubert. He llegado tarde y además me sobran casi dos siglos de mediocridad.

No han dejado un hueco para los poetas ni siquiera entre las secciones por orden alfabético de las páginas amarillas.

Qué pena que acabes viendo esas cutres películas pornográficas de madrugada después de haber amado tanto.

*** Prefiero que los desgarros y las infelicidades reposen un tiempo antes de convertirse en palabras. Mejor más de doce meses en barricas de roble francés y americano. Sin fermentación no hay milagro.

Somos hijos de nuestros paisajes, nuestras lecturas y nuestras respectivas supervivencias.

Beethoven pudo haber muerto de niño por una meningitis. No me digas entonces que no es el azar el que está detrás de todo, incluso de la Novena Sinfonía.

Cada mañana veo las caras de pánico de los niños caminando hacia la puerta del colegio que está cerca de mi casa. Me imagino que ellos, como yo hace treinta años, lo darían todo por que un gran diluvio se llevara por delante el maldito edificio en el que encierran y aniquilan vilmente su infancia.

*** Agotada la tinta, los bolígrafos se convierten en extraños naufragos condenados al cubo de la basura. Nunca nos paramos a pensar en las miles de letras que hemos trazado gracias a ellos. Agotados, explotados y generalmente mordidos terminan entre las mondas de las naranjas y las servilletas manchadas de grasa o de

carmín. No hay indulgencia que los salve del olvido. Algún día pasará algo similar con nosotros mismos. Es ley de vida.

Todo se está volviendo cada día más prosaico. Y encima los poetas, en los que depositábamos tantas esperanzas, andan todo el día reclamando oportunidades como si fueran delanteros centros. Y cómo explicarles que poetas son Maradona o Valerón. Y que para ser geniales no queda otro remedio que ir a buscar los balones hasta el centro del campo. Sólo los cursis y los reiterativos se quedan aguardando a que sea otro el que haga la jugada. El gol sólo cuenta para el resultado; lo que vale es el escorzo, el regate o el pase imposible.

*** Los domingos por la mañana nos aferramos al sexo para no ser expulsados del paraíso. O salimos a la calle y compramos el periódico, unos cruasanes recién hechos y un gran ramo de rosas amarillas. Algunas de esas mañanas merecerían ser eternas.

Hay que cambiar todos los sistemas de enseñanza establecidos hasta el momento. Tenemos que lograr que los niños del futuro cuenten con otras formas de acceder a la sabiduría; y por supuesto al mismo concepto de la sabiduría. Hemos de acabar con los actuales sistemas carcelarios. Y con las malditas notas y las malditas competitividades. Debemos aprender a descubrir otros valores y a saber que cada niño es imprescindible.

Confiemos en la música. Mahler, por ejemplo. No hacen falta organismos supranacionales, casi siempre maniatados e ineficaces. Al final será la música la que nos demuestre que bajo estos pellejos de distintas tonalidades laten corazones que vibran por igual ante los acordes de un adagio. La música es el único lenguaje.

*** Casi todo el mundo habla mal de casi todo el mundo. Sin embargo casi todo el mundo suele ser un gran amigo de casi todo el

mundo.

Otra vez el olor del mar, esta brisa cómplice y cercana que me llega a ráfagas por la calle húmeda de sal y de madrugada.

*** No sé qué pretenden que hagamos. Te piden un potosí por un piso de ochenta o noventa metros cuadrados. Se te cae el alma a los pies cuando descubres que los madrugones de todos estos años no dan para más; y eso si corres con suerte y con un trabajo estable y bien remunerado. Lo peor es que no sabemos dónde diablos meter los libros en esos espacios claustrofóbicos. Con un solo niño ya no te caben ni las maletas para emprender la huida en cualquier momento. ¿Y los libros? ¿dónde quieren que metamos los libros? Internet no lo es todo, por lo menos para los que un día sucumbimos a la magia de la palabra impresa; pero la asepsia de las nuevas claustrofobias habitables pretende que no sólo traicionemos nuestro instinto mundano. Y sin espacio y sin tiempo es imposible que vayamos a ninguna parte. Es de lo poco que recuerdo de las clases de física.

*** Menos mal que nos queda la muerte para aprender lo que valen realmente las grandes *gestas* de la vida. La cura de humildad diaria que vemos a nuestro alrededor cuando nos dejan los triunfadores o los borrachos de la plaza, *manriqueñamente* iguales a la hora de fenecer y de morir, echa por tierra todos los montajes publicitarios del *show bussiness* y del *merchandaising* en el que estamos bobaliconamente instalados en estos momentos.

Pocas imágenes provocan tanta pesadumbre como ver unas rosas amarillas completamente mustias y marchitas. El agua y los cuidados no valen de nada cuando falta la luz.

Cada vez quedan menos espantapájaros. A los hombres tecnológicos les cuesta reconocerse en la grotesca presencia de

unos palos mal clavados y unas ropas desgastadas que casi siempre pertenecieron a un muerto.

*** La cara es un milagro de este teatro del absurdo que es la vida. Su perfecto diseño enmascara siempre las intenciones y permite jugar a la mentira permanentemente. Ni siquiera los ojos son ya el espejo de ningún alma.

Si suprimiéramos los eufemismos cotidianos apenas nos quedarían palabras para comunicarnos con franqueza.

Han hecho falta miles de años para que se moldearan estas rocas volcánicas que brillan con el último sol de la tarde. Miles de años en los que el océano ha ido golpeando la piedra con tesón, insistiendo una y otra vez hasta lograr esas formas desgarradas y bellas que tanto nos seducen. No quieras llegar a la belleza y a la sabiduría en una sola vida. Sé humilde desde el principio y sitúate en el lugar que te corresponde ante los ojos de la naturaleza. A lo mejor así empiezas a ser genial.

*** No entiendo la necesidad que tenemos los humanos de buscar héroes y dioses entre los otros mortales. La única heroicidad es sobrevivir. Y cada uno de nosotros gana cada nuevo día que pasa la gloria efímera de la existencia.

Volvamos al mar y a los campos. La naturaleza es el camino.

*** Veinte años después. Tú ibas con tus dos hijos de dieciséis y catorce años; yo estaba solo, tan solo como cuando lo dejamos porque yo quería vivir lejos, más intensamente. Se te veía feliz. Yo estaba perplejo; creo que tú también lo estabas. Veinte años, y cómo hemos cambiado, qué pintan esos dos adolescentes con chándal entre nosotros, que nos quisimos tanto. Tú tenías diecisiete

entonces; yo diecinueve. Toda la vida por delante. Y ahora viene tu marido, que sale del cajero automático y me saluda como si me conociera de toda la vida. No era lo que habíamos planeado para un reencuentro. Yo sigo solo, no tengo hijos ni pareja estable, y estoy aquí en la isla por mis padres, ya sabes, los achaques de la edad y todas esas cosas; hasta la vista, nos vemos, qué bien que nos hayamos encontrado casualmente. Tal vez ya no nos veamos nunca más. Vivo lejos, muy lejos. Maldita la hora en que se entrometió este encuentro grotesco en medio de aquellos dos jóvenes que se despidieron enamorados. Éramos bellos y felices, y hasta hoy mismo lo seguíamos siendo. Pero a partir de ahora sólo seremos esa madre responsable y entrada en carnes, y el melancólico hombre maduro que deambula por las calles arrastrando pequeños fracasos cotidianos. Los años siempre acaban matando la magia.

*** Acabarás durmiendo solo. Más tarde o más temprano no habrá nadie junto a ti, y cuando estires la mano en la cama sólo encontrarás la sombra de todas tus amantes despechadas. El amor, a veces, también contiene su buena dosis de venganza, y de justicia poética.

El caos es casi siempre pasajero.

Tanta trascendencia por el paso del tiempo me va a terminar convirtiendo en una especie de meapilas neurasténico e hiperestésico. Es normal que el tiempo pase, y que envejecamos y veamos morir a quienes hasta ayer mismo jugaban con nosotros a policías y ladrones, o a quienes amábamos jóvenes y bellas. Lo anormal es la obsesión permanente con los recuerdos y las nostalgias. Aquí sólo hemos venido a pasar y a que nos dejen seguir pasando. El tiempo no es más que un mero acompañante, un patético convidado de piedra en esa travesía inevitable.

*** Nosotros vinimos al mundo más tarde que los aviones y los electrodomésticos. Por eso somos una generación tan poco dada a la poesía y a las ensoñaciones.

Pudiste haber sido cualquiera de esos que te vas tropezando por la calle: el yonqui que te aborda desesperado por su dosis diaria, el ejecutivo que te mira por encima del hombro, el tipo con pinta de loco que va hablando solo todo el día o el que te vende el periódico mientras te cuenta la vida de sus hijos. O simplemente podías no haber sido. Todo es tan sencillo como eso. Cuestión de azar y de suerte. El simple hecho de existir y de recorrer las calles que recorres cada mañana ya es un milagro. Incluso sentenciado a muerte, o desgraciado, o con mal de amores.

Deberíamos aprender de la dimensión de los enanos para perder tanta grandeza y tanta trascendencia.

*** Es normal que nos vayamos olvidando de los nombres de las personas que no hemos amado con locura. Y también que los recuerdos se asocien con la ternura para tratar de vencer al tiempo. Es comprensible esa autodefensa. Cuando el maldito Alzheimer comience a atacar también los bellos versos que memorizamos para estar a salvo de la mediocridad sólo nos quedarán los nombres de quienes hemos amado con la locura que decía al principio. O a lo mejor ni siquiera eso.

Las llaves nos dan una cierta seguridad; pero también nos atan más de lo debido a las ciudades que habitamos.

Todos tenemos un cierto complejo de impostores. Nadie nos ha enseñado a vivir, y sin embargo hemos de pasar por el mundo como experimentados y sagaces supervivientes. Por eso amamos tanto la ficción. Para reconocernos a nosotros mismos.

*** Por más lejos que nos separen y por mucho que el tiempo se empeñe en volvernos olvidadizos de placeres y alegrías, nadie conseguirá hacernos olvidar que al contacto con la belleza fuimos por una vez eternos. Los rescoldos del placer siempre terminan calentando el alma cuando falla todo lo que creíamos imprescindible.

El niño se acaba de quedar el último en la prueba de atletismo de los Juegos Escolares. Está desolado. No se te ocurra hablarle del espíritu Coubertin. Tampoco empieces a sacar tu repertorio de frases manidas sobre la importancia de la participación, el esfuerzo personal y todas esas otras charranadas. Ante la derrota jamás hay consuelo. Deja que lo aprenda cuanto antes.

Hay frases que no soportan la delicadeza de trazado de una pluma. A veces ni siquiera los bolígrafos aguantan la presión. Sólo gracias al teclado de los asépticos ordenadores podemos escribir sin que nos estallen entre las manos la metralla que contienen algunas palabras.

*** Casi todos hemos olvidado cómo se resolvían las raíces cuadradas. Sin embargo, más o menos mantenemos intactos los fundamentos esenciales de la regla de tres. Según esa regla también acabaremos olvidando los valores esenciales que nos dignificaban como seres humanos, aquellos principios de la Revolución Francesa o la apuesta por el Carpe Diem horaciano. Cuando dejamos de lado la práctica diaria suele aparecer casi siempre el olvido. Ahí las reglas matemáticas sí es verdad que son infalibles.

No se trata de estar más o menos tiempo sobre la Tierra. Se trata de saber estar.

Las caricias también tienen los días contados. Por eso no hay que desperdiciarlas nunca. Ni las que damos ni las que recibimos. Hay que amar siempre como si se fuera a acabar el mundo.

*** En la vida todo llega cuando tiene que llegar. O por lo menos eso es lo que necesitamos pensar para seguir sobreviviendo y para encontrar motivos que justifiquen nuestra desorientación y lo poco que controlamos nuestro propio destino.

Ese asesino también se crió viendo Barrio Sésamo.

Los ojos no nos fueron dados para que perdieran su brillo en pantallas extraplanas.

No importa el nombre que reciban los océanos. Al final todos ellos están unidos por los mismos interrogantes.

*** A veces vale más la pena vivir intensamente cinco minutos que estar sumando días llenos de mediocridad, burocracia y aburrimiento. Debemos reivindicar los fogonazos que nos salven de la modorra cotidiana. Lo contrario es asumir la muerte antes de tiempo.

No tenemos por qué considerarnos superiores a esos cangrejos milenarios que se aferran milagrosamente a las rocas cuando las olas golpean con fuerza la orilla. Cada cual con su idea del mundo y de la subsistencia ocupa un escenario común que nos iguala. Cuanto más tardemos en aprender que sólo somos una parte de la naturaleza más nos seguiremos acercando a la destrucción. Cada árbol que quemamos, cada vertido al mar, cada cangrejo que muere reventado en mil pedazos por un sol despiadado que ya no calienta como antes es un aviso del suicidio que estamos gestando. O nos reconocemos a tiempo en nuestro entorno natural o esto ya no hay quien lo salve.

*** Hay una parte de nosotros que se queda para siempre en todas las ciudades que vamos visitando. Incluso en aquellas en las que sólo estuvimos unas horas en un aséptico y desangelado aeropuerto o en una sucia estación de guaguas. Las huellas de los objetos que tocaron nuestras manos y las pisadas que nos llevaban de un lado para otro se quedan para siempre. También permanecen las palabras y las miradas que cruzamos con otros viajeros que tampoco eran conscientes de lo eterno que estaba siendo su paso por aquellas calles o aquellos pasillos interminables.

No nos queda más remedio que soñar que aún quedan paraísos. En medio de la estulticia y la vorágine cotidiana nos salvamos pensando en las postales de esos lugares míticos en los que tenemos depositada buena parte de nuestros anhelos de armonía. No llegar nunca a ellos es la mejor manera de no perder la inocencia y de seguir sobreviviendo con alguna esperanza. La meta conlleva casi siempre una sensación de fracaso.

*** Cada despertar es una aventura y un estado de ánimo diferente. Gracias a esa proteica e indescifrable química cotidiana vamos sobreviviendo.

Nos superan las máquinas y esa incesante llegada de nuevos artilugios con programas y teclas cada día más sofisticados.

Fingimos que sabemos y que controlamos todo este trajín de las nuevas tecnologías, pero en el fondo estamos totalmente desorientados y con el temor constante a quedarnos definitivamente rezagados. No hay que olvidar que nuestra generación viene de un mundo en el que lo más sofisticado que había en el aula era el compás o el bolígrafo de cinco tintas. O que en la tele de nuestra infancia ponían casi todo el día la Carta de Ajuste (en blanco y negro).

*** En los números que mandan los bancos en sus cartas te das cuenta de que estamos viviendo en una ficción recreada en donde apenas nos dejan algo tangible para agarrarnos y sentirnos a salvo. Casi todo es virtual, sobre todo el dinero que supuestamente tienes ahorrado y que manejan ellos. Tú, entre las hipotecas y los demás compromisos pecuniarios, no ves un solo euro de lo que supuestamente tienes en el banco o en el cemento de la casa que no terminarás de pagar mientras vivas. Nunca antes nos hemos parecido tanto a aquellos hijos de la mar que nombraba Antonio Machado. Al marcharnos nos iremos casi desnudos como ellos. Todos los frutos del esfuerzo y de las horas perdidas en trabajos que nos importaban una higa se lo quedarán ellos para seguir especulando.

No es como en los crucigramas. En este caso con cada nueva palabra que escribes se complica un poco más el enigma.

La plenitud se empieza a alcanzar cuando uno es capaz de cargar dignamente consigo mismo a todas partes.

*** Hay que evitar siempre los sucedáneos. Todo lo que no sea auténtico no vale la pena. Fíate del *sentido común* del corazón cuando no sepas diferenciar entre lo verdadero y lo otro. El palpito es algo más que un proceso de sístoles y diástoles.

Hay un deseo recurrente de salir huyendo agarrado siempre al brazo de quien amas en busca de otros horizontes más hospitalarios.

El lunes seguirá siendo lunes todos los lunes que queden por delante. Y el martes, y el jueves. También los meses irán repitiendo su nombre hasta el final de los tiempos. No creo que hubiera palabras para llenar todos los huecos de los lunes. Por eso preferimos repetirnos cada semana, o cada mes, para no perder las dimensiones y poder pensar que tenemos todo controlado. Sólo los años cambian, pero nada más que de número. No es lógico que pretendamos ordenar lo que viene del caos y la contingencia. Nuestros lunes son irrisorios en la inmensidad del universo; incluso cuando los sumamos millones de veces o les añadimos recuerdos imborrables, efemérides grandilocuentes o fiestas de guardar.

*** Todo está inventado. Todo está escrito. Todo será inventado. Todo será escrito. Por eso seguimos escribiendo.

La sed nos recuerda de dónde venimos. Sólo el agua es imprescindible para sobrevivir. Mantiene vivos los recuerdos atávicos de cuando formábamos parte del océano. Sin ella morimos.

Busca mujer con vistas al mar.

Siempre habrá un último verano.

Uno no puede adentrarse en el océano y salir indemne: la sal escuece siempre en los recuerdos.

Cada vez que te sumerges en el agua estás regresando al principio de tu propia existencia.

*** La armonía ha muerto. Todos los vecinos de todos los edificios del mundo andan festejando el éxito subiendo un poco más el volumen de sus televisores y sus aparatos de música.

Qué importará lo que pase al día siguiente. Te morirás y todo seguirá más o menos igual de aburrido, de corrupto o de sublime. No te echarán de menos ni los peces del océano ni las cucarachas de tu casa. Y dentro de un millón de años ni siquiera quedarán los fósiles que den fe de tus congéneres.

Nos estamos desentendiendo de nuestro propio destino y creemos que todo se puede almacenar eternamente en el disco duro del ordenador. Nuestro cerebro sólo se está acostumbrando a interpretar lo que propone la máquina. Queda triste tener que encender el ordenador para enseñar las fotos de los viajes y de los cumpleaños de los niños. Las casas pierden complicidad y calor sin el álbum de fotos familiar.

Siempre creí en la ficción más de lo que debía.

*** Son preferibles los preparativos. El viaje cansa, y nunca es como lo esperamos.

Pasamos por la vida sin ser capaces de saber en qué momentos nos hemos ido jugando nuestro propio destino.

Acuérdate de los olvidados. Son un ejemplo a seguir.

¿Con qué palabras podremos compensar todo el tiempo miserablemente perdido?

Cuando uno se encuentra con un amor del pasado no sabe nunca dónde diablos dirigir la mirada.

*** Los fósiles no me interesan. Sólo la palabra nos da pistas fiables de quienes nos precedieron. Los que no escribieron no existen. Sólo quedan sus huesos entremezclados con los huesos de todos los animales que convivieron con ellos.

Si todo va a ser olvido, qué más da que suceda ahora que dentro de trescientos años. Todo da lo mismo.

Tómate la vida con más calma. No creo que merezca la pena toda esa tensión y todos esos nervios cotidianos. No es ése el

sentido de nuestra existencia. Recuerda de vez en cuando que no sabes ni de dónde vienes ni hacia dónde vas. Parece una profecía bíblica o el consejo de un gurú visionario, pero sabes que tengo razón. Trata de no tomarte la vida en serio; nada es tan trascendente e importante como crees; absolutamente nada.

*** El dinero es la invención más idiota que han ideado los seres humanos, y la que más nos ha alejado del natural instinto de supervivencia que tienen todos los animales.

Hay que aprender a sobrevolar por encima de las mezquindades y de las vanidades más o menos cotidianas. Una vez arriba es imposible que te alcancen con sus cañones de patética amargura los envidiosos y los malandrines.

No siempre dispondremos de tiempo.

¿Historia o Histeria? Hoy en día no sé cuál de las dos tiene que ver más con nosotros.

*** Antes había tres o cuatro cantantes famosos, o escritores, o actores, o presentadores de televisión, y parecía que formaban parte de un mundo diferente al tuyo. Me imagino que sería por ser tan pocos y tan admirados. Ahora no, ahora lo raro es que no te tropieces con cinco o seis famosillos cada vez que te das una vuelta por el centro de la capital. Lo anormal en este momento es no ser famoso. Todo el mundo lo es, por cualquier motivo. Vivimos regalando minutos de gloria a todos los patanes del planeta.

Ni mi perra ni mis abuelas muertas que me enseñaron a amar las historias podrán leer nunca lo que escribo. A partir de ahí me puedes empezar a hablar de vanidades y de otros logros supuestamente grandilocuentes y geniales. Puro fracaso desde un primer momento. Como debe ser para no acabar convertido en un mentecato.

Siempre hay una parte de todos nosotros en cada uno de nosotros.

*** Ya muchos caminaron antes por estas mismas calles. Y de ellos tampoco quedó ningún recuerdo.

Siempre dudo entre sentarme a ver el mar en cualquier roca de la orilla o recorrerlo a pie por toda la costa. Quieto, y concentrado en el ir y venir del agua, la metafísica es mucho más existencialista y sosegada; en cambio si camino por la orilla la idea del mar se parece al propio movimiento de la vida y se atisban teorías más hermanadas con el paso de nuestro propio tiempo. En cualquiera de los dos casos sí es cierto que sale uno más sabio y menos vanidoso. El mar acostumbra a poner a cada uno en su sitio, y casi da igual lo que uno haga cuando lo tiene delante.

Todos esos éxitos que recogen hoy los diarios sólo servirán para ocupar más espacios en las atiborradas hemerotecas. Ni siquiera los más conspicuos historiadores se detendrán en ellos.

Al final es el mendigo el único que termina compartiendo su pan con las palomas.

*** Dosificar el placer también es una forma de hedonismo. Mañana no tiene por qué ser necesariamente un infierno.

Nunca estás a salvo del pasado. A veces parece como si no pasara el tiempo.

Beaujolais también era el nombre de aquel vino francés cómplice de nuestra primera noche de amor.

Incluso el domingo es día de entierros.

Si les das a elegir seguro que prefieren la televisión al agua.

*** Hoy se ha muerto uno de los lectores más exquisitos que hemos conocido. Con él se mueren también miles de páginas sublimes. Cada vez nos quedan menos.

Beatíficos ya sólo lo son los querubines que pintaba Raffaello.

Escribo porque sé que todos acabarán volviendo.

¿Dónde queda guardado todo lo que vamos olvidando?

Todo el tiempo que no se ama es tiempo perdido.

*** Ahora que la meteorología se empeña en prepararnos cada dos por tres para el fin del mundo ya va siendo hora de que empecemos a llamar a las cosas por su nombre. Comencemos por nosotros mismos y por la parte de corresponsabilidad que nos toca en este caos medioambiental en el que nos hemos acabado metiendo. Alguien debió explicarnos que no se puede crecer si se pierden de vista los andamiajes que sostienen nuestros equilibrios. Cuando ocurre eso siempre se acaba cayendo.

Estoy de acuerdo con todos los que dicen que los paraísos se empiezan a perder desde el mismo momento en que se habitan. Por eso también son poco recomendables los regresos.

Al final va a ser verdad que sólo vivimos para recordar.

Uno lleva en su memoria todas las grandezas y todas las miserias de sus antepasados.

*** Hay ciudades que aun antes de pisar por vez primera ya sentías que formaban parte esencial de tu propia vida: La Habana, o Venecia, o Praga, o Nueva York. Incluso aunque nunca logres estar físicamente en ellas sabes que tú también has formado parte de su vida diaria. O que has estado antes y es imposible que te acuerdes cuándo.

La creación diaria del agua, por ejemplo, tiene más mérito que cualquiera de nuestros logros terrenales.

*** Lo he dicho mil veces y repito lo que otros ya han expresado antes. La fidelidad y el cariño de mi perro no están al alcance de ningún ser humano que conozco. Hay entre nosotros un atavismo salvaje que nos hermana y que hace que recuerdes a diario tu vulnerabilidad y tu condición mortal. Te ayuda a situarte cada momento en el planeta y a no creer que por haber inventado el PC, la TV o que por viajar en airbus de una punta a otra del planeta ya somos los más fetén de entre todos los seres vivos. Lógicamente esa cura de humildad contribuye a que seas cada día más solidario con los otros que respiran y sobre todo con la naturaleza que te rodea. Al confundir tu mirada con la de tu perro te puedes llegar a reconocer en la soledad de la misma selva en la que hace millones de años se reconocieron atónitos y desorientados sus primeros antepasados y los nuestros.

Hay gente educada, maleducada y neutra.

*** Te he visto pasar durante años de las mangas cortas de julio a los abrigos largos de diciembre. Día tras día cruzándonos en las

mismas calles y los mismos semáforos camino del trabajo sin ni siquiera conocer nuestros nombres.

Mis almuerzos son tristes últimamente: ensaladas añorando todo el rato tu presencia, lechugas mustias preguntándose qué diablos pintan en mi plato insípido.

El vino en mala compañía acaba confundiéndose casi siempre con la hiel del resentimiento.

También los perros tienen cáncer; pero se lo toman de otra manera, o no lo saben y viven hasta donde pueden sin gorigoris o crisis existenciales. Y además saben morir siempre más dignamente que cualquier ser humano.

*** Todos esos recortes de periódicos que guardas no serán más que basura acumulada para tus herederos.

Es mentira; tampoco pervivirás en otra carne, en una partitura o en ese autorretrato tan logrado que pintaste antes de ser famoso y de que se te pusiera ese gesto de engreído que tienes siempre últimamente. No permanecerás en nada. Todo esto se lo llevará el viento del olvido en unos cuantos millones de años; o antes.

Acabas de salir del tanatorio de dar el último adiós a uno de tus mejores amigos y te diriges a un comercio para que te den el presupuesto de los muebles y las cortinas de tu nueva casa. La

naturalidad de nuestras contradicciones cotidianas es la que hace que podamos seguir sobreviviendo.

Las agendas de papel conservaban al menos la tachadura de todos nuestros muertos.

*** Muere un amigo y debes borrar su nombre y su número de la agenda del teléfono móvil. Durante unos instantes lo recuerdas y tratas de empezar a asumir que ya no lo volverás a ver nunca más. Sin embargo el aparato, tecnología punta japonesa, lo último de lo último en comunicación, te hace una pregunta que te deja estupefacto cuando vas a hacer desaparecer el nombre y el número de tu amigo: “¿estás seguro?”

Comunicas, luego existes.

El mar es una raya azul que evita la monotonía de los horizontes.

Las ranas también esperan hacia la luz y hacia la vida otro milagro de los cuentos infantiles.

La cultura no es sólo saber diferenciar un Monet de un Cézanne.

*** Al regresar después de veinte años tienes que saber que te vas a encontrar todos los perros muertos. Por eso siempre es mejor que no regreses y que los recuerdes vivos, corriendo junto a ti por interminables campos de hierba mojada. Todos esos perros que conocían tus olores y tus pasos ya estarán muertos. También muchas de las personas que quisiste estarán ya muertas, y aunque estén vivas será como si estuvieran muertas. No los reconocerás; ni ellos a ti tampoco. A Ulises sólo Argos le salvó de la indiferencia y el olvido. Piénsalo siempre bien antes de emprender el camino de vuelta.

La lluvia no sólo moja los adoquines de la calle. También tu corazón se humedece de nostalgias cuando llega la borrasca.

La sangre, como la leche y el vino, también se vuelve ácida a ciertas temperaturas o según con qué temperamentos.

*** No es posible revivir lo que ya está desgastado dentro de nosotros mismos. Los recuerdos jamás alcanzarán el fulgor de cualquier presente, por más que éste sea casposo, monótono o aburrido. Hay una pátina de hollín que acaba convirtiendo todo lo vivido en pecios olvidados.

No te queda más remedio que salir a la calle y confiar en que todavía son posibles los milagros.

Los canallas han existido en todas las civilizaciones, pero siempre ha sido necesario luchar contra ellos. No se puede dejar nunca que ataquen impunemente la armonía.

Nadie me va a querer más o menos porque escriba o deje de escribir. Ni el mar me acogerá con menos intensidad. Ni la muerte me concederá ninguna amnistía.

*** Hay que aprender a esquivar los golpes, y si los recibes debes ser siempre capaz de mantenerte en pie sobre la lona. Todos los asaltos acaban antes o después.

Más que de los gajes debería hablarse de los gases del oficio y de todos los estómagos que se destrozan a diario por tener que hacer justo lo contrario de lo que se había soñado.

La vida es siempre gris cuando se vive entre sombras.

Las lluvias traen consigo los recuerdos de los últimos naufragios.

Ya el calamar se defendía con la tinta mucho tiempo antes que nosotros.



